



DE Monvoisin puede decirse que es el que trajo las gallinas en materia de pintura. Antes de él, no se sabe que existiera ningún pintor en nuestra tierra. Remontando el curso del arte en Chile, encontramos a Monvoisin (Raimundo Augusto Quinsac) allá en lo mas lejano y encumbrado. Fué su talento y la vision de sus obras, la que jeneró entre nosotros el gusto por la belleza artística. De él, como de una alta vertiente, arranca el fecundo caudal de nuestro arte.

¿Qué circunstancias movieron a este notable maestro a abandonar su tierra de Francia, sus conquistados lauros y su glorioso renombre, para venir a enterrarse aquí con su faena y sus honores?

Las crónicas no están de acuerdo al fijar esas circunstancias.

Mientras por una parte se dice que tomó tan estraña y violenta determinacion obligado a ello por algunas dificultades con tales y cuales personalidades del arte frances, cuéntase por otros que el motivo principal de su voluntario destierro fué una prometida condecoracion, que nunca vió llegar...

Hai, en cambio, otra version, mui admitida, y que peca, en realidad, de maliciosa. Refieren, quienes aseguran saberlo bien, que el distinguido pintor tuvo ciertas rivalidades con el alegre y mas que alegre, temible escritor Paul de Kock. Dícese que este formidable ingenio no perdió oportunidad de ridiculizar a su contrario, llegando al extremo de publicar una novela que lleva por título *Mon voisin Raymond* y cuyo protagonista no es otro que el mismo Monvoisin. Se comprende que el notable pintor atravesara el charco, escapando de esta manera a las aguzadas burlas de aquel pícaro Monsieur Paul...

Monvoisin nació en Burdeos en 1790. Dirigió sus comienzos artísticos un distinguido pintor bordeles, M. Lacour. Luego se fué a Paris, al eterno Paris, y allí entró al taller de Pierre Guérin, del cual heredó, sin duda, la afición a los temas mitológicos. Se estrenó en el Salon de 1819 y obtuvo el gran premio de la Escuela de Bellas Artes en el concurso de 1822, con la composicion de *Orestes y Píldes*. Continuó exhibiendo en los Salones siguientes, y algunas de las obras que allí espuso fueron adquiridas por el Museo del Luxemburgo. Entre ellas, la *Exaltacion de Sixto Quinto*, reputada como una de las mejores telas, y *Doña Juana la Loca*. El prime-

ro de estos cuadros le valió una primera medalla en el Salon de 1831.

En 1835 Monvoisin llegó a Chile. Vino contratado por don Francisco Javier Rosales, nuestro Ministro a la sazón en Paris, con el objeto de que dirijiera el Museo y la Escuela de Pintura que se proyectaba fundar en Santiago.

En efecto, alcanzó a dirigir nuestra primera Escuela de Bellas Artes y formó algunos discípulos, de entre los cuales distinguieronse el chileno Francisco Mandiola y los argentinos don Gregorio Torres y doña Procesa Sarmiento.

En 1845 embarcóse nuevamente Monvoisin con rumbo a Francia, en donde continuó concurriendo a los Salones. Sus biógrafos dicen que trabajó hasta su muerte (1870). En el taller de Boulogne sur Seine dejó algunos cuadros, de los cuales se citan: *La Creacion del Hombre*, *Jean Huss*, *Juana de Arco en la Fuente* y un *Grupo de Espiritistas recibiendo las comunicaciones de los espíritus*. A la manera de muchos pintores mas modernos, Monvoisin era un creyente y un practicante de aquella peligrosa y discutida relijion.

En la mayor parte de la produccion de Monvoisin adviértese el soplo romántico que por aquella época agitaba las frondas del arte. Los títulos de sus obras bastan por sí solos para dar una idea de lo que eran sus cuadros: *Alí Pachá y Vasiliki*, *Heloisa con las cartas de Abelardo*, *El niño Pescador*—cuya reproduccion acompaña a este artículo,—*El Nacimiento de la Virgen*, etc.

Pero en medio de esa tendencia al idealismo, su talento no fué refractario a la nota realista, cojida en plena vida. Una prueba, y bastante elocuente, de lo que digo, es aquel magnífico retrato del *Obispo Elizondo*, que actualmente posee nuestro Museo. Creo difícil que en Chile se haya pintado otro retrato como ese. El podría vencer holgadamente en una comparacion con los mejores ejecutados por nuestros pintores modernos. Monvoisin supo obrar el prodigio de fijar en el lienzo el carácter de un hombre. Y no hai muchos que puedan vanagloriarse de este milagro artístico.

La labor de Monvoisin durante su permanencia en Chile, fué bastísima. Casi no existe salon de nuestra sociedad, o galeria de cuadros, que no posea algunas obras del notable artista.

M. MAGALLANES MOURE